

El NÚMERO MONOGRÁFICO de la revista *Thesaurus* que el lector tiene entre sus manos, dedicado íntegramente a la ficción caballeresca española de los siglos xv y xvi, se inscribe en el ya consolidado estudio crítico de los libros de caballerías castellanos y de la materia caballeresca.

En los últimos quince años es evidente el avance que se ha logrado en el conocimiento del género que enloqueció al hidalgo manchego, avance que permite que se cuente en la actualidad con ediciones de varios libros que hasta hace poco estaban condenados al olvido. Así ocurre, por ejemplo, con el *Belianís de Grecia*, la primera parte del libro segundo del *Clarián de Landanís*, el *Olivante de Laura*, la tercera parte del *Florisel de Niquea* y el *Felixmarte de Hircania*. El crecimiento y fortalecimiento de los estudios recientes muestran que lo caballeresco es terreno fértil y que todavía hay camino por recorrer en pos de un género tan complejo y fascinante en sus diversos aspectos.

El artículo de Emilio Sales Dasí, titulado «Ver» y «mirar» en los libros de caballerías, elabora una visión de conjunto sobre estas dos acciones trascendentales en los libros de caballerías y su amplio espectro semántico, pues tiene la mirada una eficacia simbólica, narrativa e incluso moral. El primer motivo comentado es el del historiador testigo de los acontecimientos de la fábula que está narrando; un recurso que utilizan los autores de las ficciones caballerescas para darle credibilidad al relato. Estos 'historiadores' pueden ser de dos clases: una, los que han presenciado los hechos y acuden en consecuencia a su propia experiencia, como, por ejemplo, el maestro Helisabad de *Las sergas de Esplandián*; y dos, los historiadores que en su condición de magos tienen un total dominio y conocimiento de los hechos, como ocurre con los sabios Artemidoro y Lirgandeo en el *Espejo de príncipes y caballeros*. Con la mirada se relacionan también las configuraciones externas de los personajes: los héroes serán siempre hombres excepcionalmente

hermosos y de la misma manera se caracterizan las doncellas, siempre mujeres de una belleza sin par. Esto corresponde al convencionalismo del universo caballeresco, que hace de sus personajes arquetipos en los que la belleza exterior se corresponde con las virtudes interiores. Es obvio entonces el papel de la mirada en este sentido, pues los personajes exhiben su hermosura y todo lo que ella significa ante los ojos de los demás. Del análisis de los motivos que caracterizan los libros de caballerías como el amor, la presencia de lo maravilloso y los hechos de armas se evidencian otras funciones de la mirada. Con respecto al amor, la mirada es esencial, porque el enamoramiento se produce por un amor a primera vista. A propósito del predominio de este amor *de visu*, se enumeran una serie de pasajes de distintos libros de caballerías que permiten sacar unas conclusiones muy sugerentes sobre la evolución del género caballeresco. En el ámbito de la aventura y de su exaltación, los ojos vuelven a jugar un papel fundamental, particularmente en las justas o torneos celebrados en la corte, pues durante estas los caballeros muestran su valor y sus habilidades precisamente ante la mirada de los espectadores, que admiran su heroísmo. Finalmente, el estudio se ocupa del papel que tiene la vista en relación con los episodios maravillosos que, a medida que el género fue desarrollándose a lo largo del siglo XVI, se fueron convirtiendo, en parte, en espectáculos lúdico-cortesanos. Después del recorrido por los motivos esenciales de los libros de caballerías, Sales Dasí concluye que estas obras se guían por la estética de la *admiratio*.

Continuando con su infatigable labor de descubridor de tesoros caballerescos, José Manuel Lucía da noticia del hallazgo de la *Tercera parte del Florambel de Lucea*, libro de caballerías de Francisco de Enciso que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, debido a que el contrato de impresión fechado el 2 de octubre de 1549 para poner en letras de molde los libros VI y VII del *Florambel de Lucea* nunca llegó a hacerse efectivo. Este hallazgo tiene una especial relevancia, porque permite recuperar completo el libro VII de la *Tercera parte del Florambel de Lucea*. Después de un análisis del código, Lucía Megías concluye que el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid es un traslado terminado a finales del siglo XVI. En el artículo se describe el

manuscrito conservado y se subraya un aspecto particular: la presencia de dos tipos diferentes de correcciones. Unas son del propio copista que corrige los errores normales del acto de copiar, y otras son intervenciones de un corrector posterior a la copia, que realiza modificaciones en el texto. El estudio de Lucía Megías incluye también el análisis de varias aventuras amorosas y maravillosas, de las que se transcriben extensos pasajes, que le permite concluir que la *Tercera parte del Florambel de Lucea* continúa la línea de los dos libros anteriores del ciclo de Florambel de Lucea, es decir, es un típico 'libro de caballerías de evasión', en donde predominan las aventuras fantásticas y mágicas, y las escenas humorísticas y eróticas. De las aventuras analizadas sobresale una por su exquisito sentido del humor: la aventura de la duquesa Remondina, que aun siendo una de las mujeres más feas del mundo, se considera la más hermosa de todas. La locura de Remondina produce, como es obvio, hilaridad entre los demás personajes, quienes al darse cuenta de su locura se aprovechan de ella para reírse a su gusto. El minucioso y divertido examen de esta aventura lleva a Lucía Megías a apuntar las posibilidades humorísticas que puede tener un personaje que no está en condiciones de adaptar su realidad a sus sueños. De esta manera, Remondina es configurada como un personaje loco, que niega la realidad de su existencia. Ante esta situación, los otros personajes se comportan de tal manera que le hacen creer verdad lo que sólo es ilusión. A través de esta aventura, Francisco de Enciso crea un modelo narrativo con un fin evidentemente humorístico, que parece constituirse entonces en un antecedente de don Quijote mismo y de los otros personajes de la obra de Cervantes.

Las intervenciones ya sea de copistas o editores en los aspectos formales o temáticos de las obras caballerescas para acercarlas más a ciertos formatos editoriales o relacionarlos con los títulos literarios de moda en el momento de su impresión se hace evidente en la edición del *Cifar* de 1512. Juan Manuel Cacho Blecua en su trabajo *El género del «Cifar» (Sevilla, Cromberger, 1512)* señala cómo, a pesar de que el *Libro del caballero Zifar* no puede ser clasificado entre los libros de caballerías castellanos desde el punto de vista histórico y literario, el editor Jacobo Cromberger, a principios del

siglo XVI, intentó, con evidentes fines comerciales, equiparar esta obra en sus aspectos editoriales y formales tales como el título, el grabado de la portada, la inclusión de un nuevo prólogo, la división en libros y capítulos, a los libros de caballerías que tanta acogida empezaban a tener entre los lectores, particularmente a la serie de *Amadís de Gaula*. Estas modificaciones son muy significativas con respecto a la tradición manuscrita del *Zifar*, ya que además de los cambios señalados, se elimina la historia de Ferrán Martínez y las partes doctrinales que le siguen; desaparece la parte del prólogo del *Zifar* dedicada a exponer la utilidad de su lectura a pesar de que lo relatado es ficticio. A cambio de esto, en la edición sevillana, la obra es titulada como ‘corónica’, con el objeto de asimilar las técnicas historiográficas al relato y darle un aura de prestigio y veracidad. Cacho Blecua cierra el detallado análisis de cada uno de los cambios introducidos en la edición de 1512, señalando que Cromberger pretendía que su edición del *Cifar* se proyectara como si fuera uno más de los libros de caballerías que se publicaban por esos años; sin embargo, los cambios introducidos no fueron suficientes para obtener el éxito que deseaba, pues dejó intacto el molde literario, ideológico y estilístico de la obra.

Del *Libro del cavallero Zifar* se ocupa asimismo el complejo e iluminador artículo de Fernando Gómez Redondo, que parte del reconocimiento de este libro como el “primer romance de materia caballeresca hispánica”, para ahondar en el marco cultural que lo hace posible y en el que se engasta. Para Gómez Redondo, las referencias a personajes y situaciones históricas contenidas en los dos prólogos del *Zifar* inscriben el texto entre los reinados de Fernando IV y Alfonso XI, es decir, durante el periodo de influencia de la ideología cultural y política de la reina doña María de Molina. El llamado *molinismo* ejerció una influencia fundamental no sólo en las normas por las que se va a regir la corte castellana sino también en el desarrollo de una literatura que a su vez contribuirá al afianzamiento y a la divulgación precisamente de esas nuevas directrices. A partir de esta premisa, Gómez Redondo expone por qué la ficción caballeresca en prosa se despliega precisamente a finales del siglo XIII y por qué comienza justamente con el *Zifar*, que termina siendo una pieza definitiva en la difusión del molinismo.

Adicionalmente, se evidencian en el texto dos modelos caballerescos que se complementan entre sí. El primero de ellos refleja la vinculación de la cortesía nobiliaria y la caballería espiritual y promulga el cumplimiento de los principios religiosos, puesto que, para el molinismo, la caballería también debía convertirse en un camino de perfección y purificación interior. El segundo modelo caballeresco, evidente en la *estoria* de Grima y Roboán, profundiza en el concepto de la caballería nobiliaria, pero esta vez insiste en la importancia de los ‘fechos de armas’ como único medio para obtener el ascenso social en el marco de la corte. Gómez Redondo plantea, además, que la tercera amplificación del *Libro del caballero Zifar* presenta un tercer modelo caballeresco, encarnado en Roboán y pensado para establecer unos valores nuevos alrededor de Alfonso XI. Este modelo se rige por la misma concepción ideológica de la caballería nobiliaria a pesar de que promueve otros móviles para la acción caballeresca, tales como las pruebas cortesanas y las aventuras militares. Roboán entonces refleja el concepto de ‘cortesía nobiliaria’ forjada por el molinismo, capaz de superar las intrigas cortesanas y de enmendar los excesos del poder regalista. En conclusión, y volviendo al trasunto histórico, Gómez Redondo señala que tal como Roboán supera la prueba de su ‘vida folgada’, Alfonso XI, implementará el modelo ideológico y cultural que María de Molina edificó alrededor de Sancho IV.

El libro de caballerías probablemente escrito por Santa Teresa de Jesús y su hermano es el objeto de análisis del artículo de María Carmen Marín Pina: «*El caballero de Ávila*» y las fiestas zaragozanas por la beatificación y canonización de Santa Teresa en el siglo xvii. Se sabe, por declaración de la Santa en el capítulo segundo de su *Libro de la vida*, que Teresa de Ávila era aficionada a la lectura de los libros de caballerías, como fue habitual entre el público femenino durante el siglo xvi. Pero al parecer, como lo planteaba su primer biógrafo, el padre Francisco de Ribera, su simpatía por este tipo de obras iba mucho más allá, pues no sólo fue lectora sino también autora de un libro de caballerías escrito en colaboración con su hermano Rodrigo. Sin embargo, no se sabe nada del destino de este libro. Marín Pina señala que algunos críticos han procurado identificar la obra con un poema heroico titulado *El caballero de*

Ávila. Por la Santa Madre Teresa de Jesús, que en realidad fue compuesto en 1623 por Felices de Cáceres con motivo de la beatificación y canonización de Santa Teresa y está inspirado en las fiestas caballerescas que se celebran en Zaragoza en honor de la Santa. De estas fiestas se conserva también una relación en prosa escrita por el poeta gongorino Luis Díez Aux, en la que probablemente se apoyó Felices de Cáceres para componer su poema. Después de hacer una semblanza de ambos textos, Marín Pina señala que, a pesar de los intentos de la crítica, es arriesgado defender la existencia del libro de caballerías escrito por los hermanos Cepeda y que el *Cavallero de Ávila* de Cáceres nada tiene que ver con esa supuesta obra.

No podía faltar en este número monográfico un artículo dedicado al libro fundacional del género caballeresco. El encargado de partir una lanza más por el *Amadís de Gaula* es Rafael Mérida Jiménez, quien apunta datos biográficos de Garci Rodríguez de Montalvo imprescindibles para esclarecer los motivos que lo llevaron a refundir el *Amadís primitivo*. Para Mérida es bastante significativo que Rodríguez de Montalvo sea oriundo de Medina del Campo, ya que esta fue una de las villas más favorecidas por Isabel de Castilla. La estrecha vinculación de la reina católica con dicha villa y la alta posición que tenía la familia de Rodríguez de Montalvo en la ciudad permiten suponer que el refundidor del *Amadís* pudo conocer personalmente a Isabel. Adicionalmente, Mérida Jiménez sostiene que tanto el esplendor del que gozó el “imaginario caballeresco de la aristocracia castellana”, plasmado en una ética de comportamiento, así como el pensamiento socio-político de Isabel la Católica, evidente en los libros que conservaba en su biblioteca, permiten hacer interpretación del *Amadís* de Montalvo como un texto estrechamente vinculado a la ideología difundida por los Reyes Católicos. A través de su estudio, Rafael Mérida apunta aspectos esenciales del prólogo del *Amadís de Gaula* para puntualizar la cultura de Garci Rodríguez de Montalvo en su dimensión histórica, literaria e ideológica.

Javier Martín Lalanda se ocupa de los temas y motivos de origen maravilloso en la *Parte tercera de la crónica de Florisel de Niquea*, obra de Feliciano de Silva publicada en 1546. El estudio

plantea que la fantasía desmesurada de los libros de caballerías no tiene como fuente exclusiva la imaginación de sus autores, sino que se nutre asimismo de la tradición cultural de Occidente, particularmente del mundo clásico. Apoyándose en la ya conocida sistematización del imaginario medieval que ha hecho Jacques LeGoff, Martín Lalanda se centra en las manifestaciones de lo maravilloso que tienen orígenes precristianos, como los sueños y premoniciones, las profecías y prodigios, los lugares feéricos y los diversos seres fantásticos (gigantes, enanos, unicornios, sirenas y monstruos híbridos), indicando los pasajes en que aparecen en la *Parte tercera del Florisel de Niquea* y sus posibles antecedentes.

La importancia que ha ido adquiriendo el estudio de los libros de caballerías distintos al *Amadís de Gaula* o al ciclo de los *Palmerines* se muestra en este colectivo en los trabajos de Javier Guijarro, José Manuel Lucía Megías y Javier Martín Lalanda. En *La huerta deleitosa del «Libro segundo de don Clarián» (1522) y otros jardines y banquetes mágicos caballerescos*, Javier Guijarro estudia un fenómeno mágico en particular, frecuente en los libros de caballerías, denominado *banquete mágico*, que se desarrolla durante la comida en el jardín o huerta del palacio, en el que los platos son servidos por manos invisibles. Este motivo se vincula a otro, perteneciente también al amplio espectro de la magia en los libros de caballerías: el motivo de los instrumentos musicales tocados por manos invisibles. Estas aventuras mágicas se constituirían en una muestra del enorme interés que el público lector de los siglos XVI y XVII tenía en la magia y el gusto de las clases nobles por este tipo de episodios muy cercanos a lo teatral. Para mostrar la importancia de este motivo, Guijarro Ceballos se pasea por los jardines mágicos de libros de caballerías como el *Libro segundo de don Clarián de Landanís*, en el que el convite mágico ofrecido por servidores invisibles es orquestado por la maga Celacunda, representante de la nueva concepción de mago que ofrecen los libros de caballerías. Celacunda es la encargada, entonces, de diseñar y escenificar el divertimento de los comensales, y como tal es heredera de la tradición caballeresca que había moldeado a los magos como artífices de este tipo de eventos para regocijo de los mismos personajes y los lectores. Funciones similares tienen Apolidón en el

Amadís de Gaula y Muça Belín en el *Palmerín de Olivia*, quien también ofrece un banquete mágico a Trineo y Palmerín. El banquete mágico aparece asimismo en el *Primaleón*, el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva, en el *Libro tercero de don Clarián de Landanís* y en la *Quarta parte de don Clarián*, ambos libros de Jerónimo López. Hecho este recorrido, Javier Guijarro indaga sobre las fuentes del banquete mágico del *Libro segundo de don Clarián*, aportando datos de referentes reales y señalando las posibles fuentes de tipo folclórico y libresco de este motivo, para concluir que las fuentes librescas son las que permiten relacionar el banquete mágico del *Libro segundo de don Clarián de Landanís* con una serie de textos próximos a él y, a su vez, lo sitúan en el contexto cultural del Renacimiento.

Dentro de las diversas ramas de la gran familia caballeresca, es posible delimitar un género más breve, caracterizado por su aspecto editorial y su transmisión impresa, denominado por Víctor Infantes y Nieves Baranda como “historias caballerescas breves”. Gracias a los trabajos de ambos investigadores contamos con un corpus bien definido y con la edición de los veinte textos que lo integran, debida a Baranda. En este contexto se inscribe el estudio de Baranda *El dinamismo textual en la prosa de cordel: a propósito de la «Reina Sevilla»*, en donde enumera tanto los primeros testimonios conservados de la obra, manuscritos e impresos, como las ediciones de las que se tiene noticia gracias a inventarios de bibliotecas y libros, pero de las que no se ha conservado ningún ejemplar, para elaborar el *stemma* de la obra. El cotejo de las distintas ediciones le permite concluir a Baranda la existencia de un arquetipo *M que debió ser el empleado por el impresor a finales del siglo xv y que presenta numerosos cambios con respecto al único manuscrito conservado. Dichas innovaciones se habrían producido en los gustos del público, más amplio, conocedor de este tipo de historias. Baranda, establece, además, la necesidad de la intervención de un refundidor moderno que somete el *M a varios cambios introducidos para renovar el texto para la imprenta. De esta manera, concluye que el desarrollo textual de la *Reina Sevilla* está vinculado a un tiempo histórico concreto y que esto hace parte de un *dinamismo textual* frecuente en el género de las historias caballerescas breves.

Los autores de libros de caballerías siguen siendo hoy difíciles de identificar; de muchos de ellos se han conservado tan sólo unos pocos datos. Ese es precisamente el caso de Melchor de Ortega, autor de *Felixmarte de Hircania*. A partir de la consulta de testimonios documentales, se establece la condición de hidalguía del ubetense, que fue ratificada por el comendador Juan de Bazán el día 30 de mayo de 1549, así como su pertenencia a uno de los linajes más importantes de la ciudad de Úbeda. De igual manera, este artículo da cuenta del ambiente de revuelta política que se vivía en dicha ciudad y las condiciones en que vivían los miembros de sus clases nobles. El libro de caballerías escrito por Melchor de Ortega permite asimismo sacar unas conclusiones acerca de su formación, cultura y preferencias literarias. La lectura del *Felixmarte de Hircania* revela no sólo la profunda pasión que Ortega sentía por el *Amadís de Gaula*, también refleja sus inclinaciones por la geografía y el conocimiento de al menos una de las *Vidas paralelas* de Plutarco, la de Cimón y Lúculo.

*

La universalidad de la literatura sirve de vaso comunicante entre este lado del mundo y la otra orilla del Atlántico y permite encontrarnos y reconocernos en otros espejos, parafraseando al escritor mexicano Carlos Fuentes. El contacto permanente entre las dos orillas del océano es vital, porque posibilita la confirmación de la tradición hispánica a la que América pertenece. Hace quinientos años, los libros de caballerías ampliaron su espectro de difusión e influencia gracias al proceso de conquista y colonización del territorio americano. Descubridores y conquistadores estaban inmersos en una cultura esencialmente caballeresca que los animaba a partir en busca de 'reinos nunca vistos' y que en América identificaron en su imaginación con los reinos soñados por los autores de los libros de caballerías. Estos libros que los aventureros leían con fruición, como lo ha demostrado documentalmente Irving Leonard, alentaban sus empresas y les servían de referente al sumergirse en territorios ignotos y abundantes en maravillas; tal como lo han señalado Ida R. Prampolini, Juan Manuel Cacho y Ma.

Jesús Lacarra, Ma. Rosa Lida y Hernando Cabarcas. Durante el periodo de colonización, la circulación de las ficciones caballerescas llegó a ser tan profusa, que se emitieron varias leyes para impedir su puesta en venta y su lectura en tierras americanas. Sin embargo, a pesar de estas prohibiciones, los libros de caballerías se siguieron leyendo en el Nuevo Mundo: en 1583 el librero limeño Juan Jiménez del Río encarga “6 felismarte de arcania, 8 don belianis de grecia, 12 caballero del febo, 12 caballero de la cruz, 6 olibante de laurea principe de macedonia y 6 quatro de amadis”¹. La relación estrecha entre las ficciones caballerescas y América se plasma de manera ostensible en varios aspectos, por ello es tan significativo que a quinientos años de la estimulante circulación de Amadís y sus congéneres en España y América, este grupo de artículos dedicados todos a las distintas manifestaciones literarias de la caballería andante se imprima de este lado del Atlántico, en las prensas de la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo en Yerbabuena, situada en el antiguo Nuevo Reino de Granada, territorio que presenció las hazañas caballerescas de don Gonzalo Jiménez de Quesada, Quijana o Quijano.

*

Agradecemos a cada uno de los participantes en este número por acoger tan generosamente la invitación extendida por la revista *Thesaurus*. De igual manera al Director Profesor del Instituto Caro y Cuervo, Ignacio Chaves Cuevas, por apoyar la investigación que hizo posible reunir los datos sobre Melchor de Ortega, y por dar cabida en las páginas de su prestigioso Boletín a esta ilusión, hoy hecha realidad.

MARÍA DEL ROSARIO AGUILAR PERDOMO

Universidad Nacional de Colombia.

¹ IRVING A. LEONARD, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, págs. 343-344.